



Los "temas" post-11 de setiembre con lente made in Perú

Hurguemos en las consecuencias que los atentados del 11 de setiembre y todo lo que se ha desencadenado a partir de ellos han tenido en el caso particular de nuestro país.

Ernesto de la Jara B.

Respecto de lo que estrictamente se podría llamar efectos nacionales-nacionales, es decir, consecuencias relevantes, directas y particulares del 11 de setiembre en territorio patrio, lo cierto es que no hay muchísimo que decir. Por lo menos no todavía. A tan "decepcionante" conclusión (nos habíamos alistado para más) el autor de este artículo llegó cuando, preparándolo, se vio en la imperiosa necesidad de investigar en busca de información clasificada, hasta que vio la luz: el que alguien que tiene por trabajo estar más o menos enterado de todo lo importante que pasa en el Perú deba buscar

dichos efectos como "aguja en un pajar", es un indicador del tamaño del objeto buscado. Lo que quedó confirmado después de hacer de todas maneras la búsqueda.

Sin duda, tiene que ver con que el Perú y en general Latinoamérica están bastante distantes del epicentro del conflicto y con que si bien nos parecemos y hasta se nos confunde con los árabes, no lo somos.

Ahora, lo dicho no quiere decir ni que el Perú haya sido inmune a los efectos generales que ya se han producido desde el fatídico 11 de setiembre, ni que ya estemos vacunados para siempre contra consecuencias *in*

situ-netamente nacionales. Lo contrario: un país como el Perú es especialmente vulnerable a lo que se ha desencadenado a partir de los atentados del 11 de setiembre. Viene la explicación.

¿Qué ha se ha desencadenado? Todo lo que explican los artículos precedentes: una política exterior norteamericana que tiende cada vez más a dividir el mundo entre buenos y malos, a partir de "un eje del mal" medio difuso y en expansión, el que permite el amenazante "o con nosotros o contra nosotros", además de viejas y nuevas alianzas nada santas. Medidas internas en contra de estándares universa-

les de derechos humanos. Nacionalismo exacerbado. Unilateralismo. Retiro de los Estados Unidos de tratados y espacios internacionales de importancia. Expansión de su poder y acción militar hasta las fronteras de posibles "golpes preventivos". Predominio de la agenda de seguridad por encima de todo lo demás, incluidos la democracia y los derechos humanos. Y la lista podría continuar.

Todo esto provocado por un atentado terrorista feroz y repudiable desde todo punto de vista. Pero más allá del hecho original, son realidades que marcan cambios fundamentales en sentido contrario a lo que podríamos llamar avances del mundo civilizado y democrático. Peor aún si tomamos en cuenta que ese tipo de respuesta puede ir todavía mucho más allá, y no solo por una pulsación unilateral en esa dirección, sino –de nuevo– provocado y azuzado por otros atentados que lamentablemente pueden venir, como parte de una lógica terrorista del lado de quienes verdaderamente están del lado de los Bin Laden. La amenaza terrorista no es, pues, paranoia o exageración, sino que está allí esperando la mejor oportunidad para atacar y provocar.

¿Y por qué todo esto es especialmente peligroso para países como el Perú? Las razones son obvias, pero vale explicitarlas. La primera, porque somos un país débil, perteneciente a una región en términos generales también débil. Si una

Europa poderosa, unida y distante comienza a preocuparse por el unilateralismo norteamericano y por su poca capacidad para incidir mínimamente en el curso de los acontecimientos, con mucha mayor razón lo tiene que estar una América Latina precaria, desunida y tan próxima a Estados Unidos. Si algo ayuda a compensar nuestra fragilidad nacional y regional es la consolidación y el desarrollo de una línea multilateral y del derecho internacional.

Segunda razón: para países como el Perú, en los que los valores democráticos y los derechos humanos están muy lejos de ser realidades consolidadas, no es nada bueno que la primera potencia del mundo haya "aflojado" –en términos de discurso y de medidas nacionales e internacionales– en la defensa y promoción de la democracia y los derechos humanos. Peor aún si, como en el caso del Perú, Estados Unidos venía haciendo –por lo menos a través de una parte de su política exterior– las veces de país exportador de democracia y de derechos humanos, lo que se traducía para nosotros en una fuerte y positiva presión en esa dirección. "Estados Unidos nos exigía que combatiéramos a Sendero Luminoso sin menoscabar la democracia y respetando derechos humanos, pero cuando el terrorismo les tocó en carne y hueso, actúan igual que nosotros", es una sensación que ronda en el debate nacional.

Por suerte, en el caso de nuestro país el hecho de estar en

tiempos de democracia y de Comisión de la Verdad ha disminuido los efectos nacionales que podría haber tenido este cambio de énfasis de parte de Estados Unidos, a diferencia de, por ejemplo, lo que viene ocurriendo en Colombia, donde el contexto de extrema violencia ha hecho que allí sí haya jugado a favor de toda la línea expresada hoy por el flamante presidente Álvaro Uribe, tal como se explica en artículos anteriores. Imaginemos lo diferente que hubiera sido también entre nosotros en épocas de Fujimori y Montesinos: una serie de operativos psicosociales destinados a usar la tragedia norteamericana y la reacción de Estados Unidos a favor de la expansión y consolidación del carácter autoritario y antiderechos humanos del régimen.

Solo hubo un momento en el que la política Bush casi se materializa en una mala influencia para el Perú. Fue cuando ante el coche bomba que SL detonó cerca de la Embajada norteamericana, días antes de la visita del presidente Bush, corrió el rumor de que el presidente Toledo, en esos días bastante mimetizado con su homólogo norteamericano, pediría facultades excepcionales al Congreso para dar medidas parecidas al paquete norteamericano. Para ser justos, nada de eso prosperó, entre porque el régimen reaccionó oportunamente y porque se percató de que la legislación antiterrorista de Fujimori y Montesinos seguía vigente y, por tanto, era casi imposible endurecerla más.



En la región de los ciegos...

El escenario abierto a partir del 11 de setiembre es también peligroso para el Perú debido a que –tercera razón– somos parte de una región absolutamente convulsionada, situación que hoy más que nunca no le debe de hacer ninguna gracia a Estados Unidos, tanto por la cercanía geográfica cuanto porque muchos de nuestros problemas nacionales trascienden nuestras fronteras y hasta afectan directamente a nuestro vecino del norte. Como que tanta convulsión es un desatino y sería mejor un continente "en orden", ahora que se necesita tensar fuerzas en tierras lejanas.

Algunas de las últimas posiciones y actitudes de la política norteamericana frente a lo que viene ocurriendo en Cuba (evidentemente caso aparte), Venezuela o Bolivia están expresando una "impaciencia" que puede ir intensificándose. Y esto sí puede terminar afectando directamente al Perú. Veamos, por ejemplo, cómo podría repercutir lo de Colombia.

Se suele decir que el endurecimiento y militarización de la estrategia antisubversiva a que están conduciendo hechos como el triunfo de Álvaro Uribe en las recientes elecciones o el que Estados Unidos haya autorizado usar su ayuda militar para contrainsurgencia, provocará el desplazamiento de las FARC y de sectores de narcotraficantes a territorio peruano. Cierto como posibilidad, pero ¿ya está ocurriendo? No, por lo menos a juzgar por la información disponible; es más, distintas autoridades del gobierno han salido en varias oportunidades a desmentir información aparecida en los medios sobre la presencia de las FARC en el Perú.

Se habla también de la posibilidad de involucrar directamente al Perú en la estrategia contra las FARC, a partir de, por ejemplo, la instalación de una base militar norteamericana, lo cual sería efectivamente muy peligroso porque nos estaríamos comprando el pleito de una guerra ajena a nosotros, cuando no tenemos fuerza ni para

enfrentar nuestras propias guerras. ¿Posibilidad o realidad? Posibilidad, hasta ahora. En el mes de abril de este año se describió que el proyecto norteamericano de "Nuevos Horizontes en la selva peruana" no era exactamente una acción cívica en los términos que estaba planteado, pero también quedó claro que no se trataba tampoco de una base militar camuflada, como la que ya hay en Ecuador. Prueba de ello es que ante el retiro de la autorización nacional, el proyecto ha quedado suspendido hasta que se llegue a un acuerdo al respecto con todas las de la ley. Por otra parte, el ministro de Defensa, Aurelio Loret de Mola, ha declarado enfáticamente que el Perú no estaría dispuesto a integrar ninguna fuerza multinacional en relación con Colombia.

El tema de la región convulsionada nos lleva también a un tema que es parte del debate: ¿el hecho de que el Perú sea –aunque parezca increíble si quiera decirlo– uno de los países de la región con mayor estabilidad, ¿es bueno o malo en términos de relaciones bilaterales con Estados Unidos? Hay quienes creen que efectivamente es un elemento que marca la diferencia y que puede ser decisivo para que seamos "los escogidos" sea para bien o para mal. Ejemplos de escogidos para bien han sido sin duda el que el presidente Bush decidiera venir al Perú porque –como dijo Mike Shifter en un artículo anterior de *ideele*– casi no había otro país posible o digno de visitar, o el que Toledo

haya sido uno de los pocos presidentes invitados a las conmemoraciones por el primer año de los atentados. En cambio, escogidos para mal, o por lo menos para tareas incómodas, fue que se nos seleccionara para impulsar la resolución de la ONU contra Cuba, tal como veremos después.

En todo caso, del último de los múltiples viajes hechos por Toledo a Washington, queda clarísimo que nuestro presidente quiere aprovechar nuestra situación regional y la oportunidad del momento para intensificar nuestra bilateralidad con Estados Unidos, al punto que ha planteado un tratado comercial de a dos, frente a lo que las autoridades norteamericanas hasta ahora no se dan por aludidas.

Pero más allá de deseos y fantasías, el escenario que se ha abierto después del 11 de setiembre irá afectando nuestras relaciones comerciales con Estados Unidos, como aspectos generales de nuestra economía (el precio de materias primas, por ejemplo).

Sin embargo, los peligros del 11 de setiembre para el Perú no se explican solo por lo convulsionado que está el resto de los países de la región, sino también por –cuarta razón– nuestras propias convulsiones, muchas de ellas relevantes también para la actual agenda de seguridad norteamericana: terrorismo, narcotráfico y migración.

¿Qué efectos ha tenido el 11 de setiembre en la estrategia

antisubversiva contra Sendero Luminoso? Hasta ahora ninguno, y eso que el coche bomba puesto a cincuenta metros de la Embajada norteamericana y en vísperas de la llegada del presidente Bush podría haber sido el detonante de algo distinto. De hecho, a esta sana indiferencia han contribuido dos datos de nuestra realidad nacional: 1) Si bien mantiene capacidad para cometer determinados atentados y para actuar en determinadas zonas del país, SL sigue estando estratégicamente derrotado. 2) Hoy hay una estrategia en curso bajo clara conducción civil y que no se restringe al aspecto militar. Aun así, SL sigue siendo un tema que nadie puede descuidar, sobre todo en zonas donde se confunde con el narcotráfico, lo que nos lleva al siguiente punto.

¿Qué efectos ha tenido el 11 de setiembre en la política contra el narcotráfico en el Perú? Se sabe perfectamente que de parte de Estados Unidos hay una presión sumamente fuerte y nada diplomática para que el Perú avance más rápido en la erradicación de los cultivos de coca; al respecto, cabe plantear tres puntos: 1) Tomando en cuenta que esa presión siempre ha existido, lo que hay que

analizar es si efectivamente se ha producido o no un incremento post 11 de setiembre, lo que escapa a nuestras posibilidades de información. 2) No está mal que haya una presión para que el Perú cumpla con adoptar medidas contra todo lo que favorece al narcotráfico (lo que estaría mal es obviamente si fuera al revés); es como la presión para que se respeten los derechos humanos (positiva). 3) El problema está, entonces, en que esa presión sea ejercida en función de una estrategia –para emplear una palabra tan usada últimamente– unilateral, que solo contempla la cuestión de la disminución de la extensión de los cultivos, cuando si se quiere eficacia hay que contemplar una serie de elementos del contexto socioeconómico del país y de la zona.

En relación con cuestiones de inmigración, dos temas: 1) Restricciones para la obtención de visas o medidas contra peruanos en Estados Unidos. Al respecto, hasta donde se sabe, no se han reportado problemas que vayan más allá de las tensiones habituales (reiteramos que en las actuales circunstancias el ser latino y no árabe ayuda). 2) En relación con la población árabe en el Perú,



inicialmente hubo preocupación por un sector de la población árabe ubicado en el sur del Perú (Tacna), debido a que se trata de un sector recientemente en expansión y de escasos recursos económicos, a diferencia de la colonia árabe de Lima, pero tampoco se conoce en relación con ella actos de abusos o de persecución. Han sido más bien los medios de comunicación nacional los que han jugado eventualmente a encontrar bases y seguidores de Bin Laden por todas partes, pero felizmente sin consecuencias prácticas.

La deuda con Estados Unidos, después del 11 de setiembre

Revisemos, en relación con el Perú, un último tema de los que se plantean cuando se analizan los efectos del 11 de setiembre en nuestra región: la desaparición de América Latina de la preocupación de la política exterior de Estados Unidos, al tratarse en términos generales de una región no estratégica para la lucha contra el terrorismo árabe. Ahora sí —se dice— Estados Unidos terminaría de ponerse de espaldas al resto del continente; lo que significa que nos preocupa que se cumpla el otrora deseado *green-go* o *go home*.

Si bien se trata de una preocupación real y sin duda importante, en esto también el Perú ha vivido una situación excepcional, que provocadamente planteamos de la siguiente manera: los únicos dos momentos en los que el presidente Toledo ha recupera-

do significativamente popularidad (concretamente cinco puntos) están vinculados con algo que ha hecho Estados Unidos en relación con el Perú, después del 11 de setiembre.

¿Cuáles son esos dos momentos? 1) La visita del presidente Bush al Perú (la primera vez que un presidente de Estados Unidos en ejercicio nos ha visitado, ha sido después del 11 de setiembre). 2) El anuncio de la renovación del ATPA. A estos dos hechos positivos habría que agregar los continuos mensajes que emiten autoridades norteamericanas a favor de defender el mandato completo del presidente Toledo, los cinco años completitos, por encima de los problemas y debilidades que enfrenta; se sabe, por ejemplo, que esta es la posición que han expresado explícitamente a los distintos partidos políticos del país.

Ahora, más allá de poder decir que el caso del Perú demuestra que Estados Unidos es hoy tan poderoso que aún de espaldas termina afectando el curso de los acontecimientos de nuestros países, hay que ser conscientes de que en relaciones internacionales nada es gratuito y que, por lo tanto, se trata de una forma más de ir generando deuda.

Un ejemplo concreto de esta lógica de "favor con favor se paga" es sin duda el liderazgo que tuvo que cumplir el Estado peruano en promover una resolución de Naciones Unidas en relación con Cuba, pues si bien la resolución que terminó saliendo fue bastante distinta

de la que originalmente quería Estados Unidos, nuestra participación en el tema no fue motivada por una auténtica preocupación por lo que sucede en la isla (algo que deberíamos temer), sino que lo hicimos empujados por la agenda norteamericana. Y si esto ocurrió en este ámbito, en el futuro también puede ocurrir en otros. (¿Narcotráfico? ¿Colombia?)

Y prueba de que nada es gratuito a este nivel, es que ha causado alarma en el país que Otto Reich, subsecretario de Estado para asuntos latinoamericanos, haya expresado preocupación por la baja aprobación de Toledo. Los analistas se preguntan: ¿cuál es el mensaje o por qué la ambigüedad?

No es que queramos terminar estas reflexiones con una especie de final feliz inesperado y arbitrario, pero sí corresponde hacer notar que contra todo lo alarmante que puede ser la situación y las perspectivas futuras, a un año de los atentados también han aparecido algunas señales positivas a contracorriente, en términos de otro tipo de política frente al terrorismo, provenientes de distintas instancias norteamericanas (opinión pública y medios, tribunales, Congreso, etcétera), y que son desarrolladas en varios de los artículos anteriores. Como dice Shifter en el suyo, "después de todo el sistema de *checks and balances* funciona, aunque con retraso y ciertamente de manera imperfecta". Confiemos en la lucidez de Mike. ▲